

Desde Washington

Nuestras Elecciones y la CIA

POR LORENZO MEYER

POR razones familiares y estructurales casi no voy a reuniones y actos sociales aquí en Washington y por eso me pierdo de muchos rumores. Sin embargo, hace unos días y mientras tomaba un jerez, alguien me aseguró que la CIA estaba más interesada que de costumbre en lo que sucedía en México. Según este rumor, la tan conocida agencia tiene a un grupo de analistas elaborando uno o más estudios sobre México. No tengo la menor posibilidad de saber qué hay de cierto en lo que se me dijo, pero lo que sí me resulta claro es que las elecciones mexicanas de 1985 van a ser seguidas muy de cerca por los estadounidenses.

★

PARA empezar, el corresponsal del New York Times, Richard Meislin, ya inició el reconocimiento del terreno con un artículo sobre Sonora (9 de diciembre) en donde se subraya el desdén con que los sonorenses ven las políticas del gobierno federal y lo independiente de sus actitudes, lo que hace que la oposición cuente ahí con un terreno fértil. Pero mientras que este artículo insinúa más que afirma, el que apareció tres días más tarde en el Washington Post firmado por Jack Anderson es obvio y rotundo. Según este articulista —viejo conocido del gobierno actual— las elecciones mexicanas del año próximo contienen el germen de una guerra civil "al sur de la frontera". Las bases de tal afirmación son dos informes "secretos" sobre México: uno elaborado por el Departamento de Estado y el otro por la CIA.

A primera vista estos reportes no tienen nada que realmente sea secreto. Lo que ahí se dice lo sabe cualquier mexicano medianamente informado. Desde luego que no es necesario recurrir a los analistas del Departamento de Estado o de la CIA para saber que la clase política mexicana tiene aspectos oligárquicos, que en México hay una vieja política de incorporación sistemática al PRI y al sector público de la gente "brillante" para comprar su lealtad, que el Partido Revolucionario Institucional "tiene más de institucional" que de "revolucionario", o que si las elecciones de 1985 se llevarán a cabo como debe de ser y no como se acostumbra, entonces el PAN obtendría victorias importantes. Si Anderson dice la verdad, y estas afirmaciones son la parte sustantiva de los informes secretos sobre México, entonces los analistas de la CIA y del Departamento de Estado deben de ser parientes de Perogrullo.

En fin, lo que nos debe de importar no son la calidad de los servicios de inteligencia de los estadounidenses, sino lo que significan las elecciones de

1985 para nosotros. En mi opinión, el gobierno actual aún tiene la posibilidad —y por lo tanto la responsabilidad— de usar esas elecciones y las que vienen para impedir que el régimen posrevolucionario mexicano llegue a su fin en medio de una bancarrota de legitimidad y quizá de violencia. Muchos saldríamos perdiendo y pocos ganando si esto ocurre.

AL iniciar su gobierno, el Presidente De la Madrid trató de hacer frente al déficit de legitimidad del régimen por medio de dos políticas básicas: la de renovación moral y la del nacionalismo revolucionario. La primera parece haber dado de sí todo lo que podía dar y la segunda se quedó como un concepto en busca de definición, quizá no esté muerta, pero tampoco está muy viva. En estas circunstancias, los próximos comicios abren una posibilidad que fue desdenada en el pasado inmediato: la de llevar a cabo elecciones que sean vistas como auténticas y usar el proceso electoral para iniciar pacífica y civilizadamente el desmantelamiento de nuestro autoritarismo y la modernización de nuestra vida pública.

Desde que el actual sistema político tomó forma y hasta la fecha, las elecciones han servido de muy poco para decidir lo que es importante entre nosotros. Sin embargo, y por la misma razón, tampoco han jugado el papel de elemento de renovación periódica del sistema. Ahora resulta obvio que el proceso electoral no es algo que sólo tenga sentido en Estados Unidos y en Europa Occidental. En Argentina, Uruguay, Centroamérica y pronto en Brasil, pueden ser un elemento para crear y solidificar las lealtades de amplios sectores sociales hacia los sistemas de autoridad. Y eso mismo podría ocurrir en México

si el gobierno deja de insistir en que el partido oficial tenga siempre la victoria aunque ésta esté vacía de contenido. Quizá este sea el momento de hacer a un lado la visión de corto plazo —la salida fácil— en aras de soluciones duraderas.

De tarde en tarde la historia abre sus puertas a las alternativas, pero no las deja estar allí por mucho tiempo. Creo que en este momento aún existe en México una alternativa a la bancarrota política, pero si no se le aprovecha ahora va a ser muy difícil más tarde. López Portillo desperdió la oportunidad de iniciar el proceso que diera solución a la crisis económica que le heredó Echeverría; sería muy lamentable para todos que De la Madrid dejara pasar la oportunidad de iniciar, ahora que aún hay tiempo, la transición del autoritarismo a la democracia.